

---

---

## Carta a Marta Traba y Angel Rama

---

---

Queridos Marta y Angel:

Les debía carta luego de nuestro último encuentro en París con respuesta a esos puntos de nuestra charla que habían quedado interrumpidos. Fui dejando pasar los días en la seguridad de que haríamos juntos el viaje a Bogotá y tendríamos tiempo entonces, con holgura, para hablar de esos y otros temas. La carta fallida se impone ahora inconteniblemente desde lo hondo de mi espíritu y nace ya póstuma en mí. En instantes, el mundo ha cambiado de sentido a mi alrededor. Todo ha pasado, o más exactamente, todo es pasado, aunque la ilusión del recuerdo reclame obstinadamente su permanencia.

¿Qué palabras decir entonces en momentos como éstos? Aunque fueran las últimas que pudiéramos pronunciar. Todo sentimiento de íntimo duelo se duplica en impotencia ante los hechos de la costumbre mortal que toma sus plazos y se lleva antes de tiempo a los que más amamos, a los más valiosos, a los que queríamos inextinguibles, y que, de alguna manera, lo son, puesto que más que ellos mismos ya pertenecen a todos. Seres con figura y latido de pueblos en las diversas altitudes de nuestro mundo en forja: el *Che*, Allende, Rodolfo Walsh. Legión. Legiones. Héroes de la acción, del pensamiento, de la palabra en acto; trabajadores, artistas, visionarios tenaces, entregados por entero a una tarea de resistencia y de rechazo de la historia pervertida; a la faena fundamental de cambiarla y hacerla respirable para todos. La violencia sopla sobre ellos largamente, o de pronto el absurdo de una fracción de segundo, como si el caos se empeñara en subsistir a toda costa, en desposeernos de gente que lucha contra él y justifica el futuro.

Angel, Marta: los diarios, los noticieros de televisión, de las radios, todo el infernal aparato de incomunicación y desinformación que tiene metido al mundo en sus redes de manipulaciones y mentiras, que se solaza en la sevicia del mundo y la vende a buen precio, intentó convencerme de que ustedes estaban entre los restos del fatídico Boeing que en la madrugada del 27 de noviembre se estrelló en las afueras de Madrid, a segundos escasos de la pista de destino.

En un primer momento cedí, como todos, a la exhibición escandalosa de ese pogrom de la muerte. Tal vez, a la reacción de mi propia mala conciencia. Yo debí viajar también en ese avión; debí estar entre esos muertos, entre esos despojos irreconocibles. Y, de algún modo, lo estoy. De nada me vale haber desistido del viaje que les llevó a ustedes a una cita de honor y a mí al deshonor de una deserción. De suerte que la parte en sombras de mí vagó entre los escombros esparcidos por el campo. Los busqué a los dos entre los restos carbonizados. Los buscaré siempre como si en medio de una catástrofe de recuerdos hubiera de encontrar vuestros rostros sonrientes como siempre, indemnes, tras los reflejos de las llamas contra el cielo sombrío de esa madrugada. Pero, entre ustedes y yo, esa infinitesimal resquebrajadura que separó dos tiempos por una eternidad.

Hube de retroceder entonces a la memoria. Esos días, esos años, esas vidas. Fragmentos. Latidos. Delirios de la presunción. Como cuando venías, Angel, a Buenos Aires y te alojabas en mi cuchitril de la calle Vera, en Almagro, y comenzabas a trabajar desde la madrugada en tu pequeña máquina de escribir puesta sobre las almohadas, atrapando al vuelo esos pensamientos de la noche. Deseo insondable. Como si hubieras trabajado toda la vida en ese último minuto para recomenzar en el siguiente.

Tengo que volver a esos campos de actividad febril, a ese paisaje de trabajo sin pausa, en los que vuestras imágenes se recortan múltiples y únicas. Inolvidables. Campos de pensamiento, de creación, de excavación, en los que uno y otro, tú, Marta, y tú, Angel, iban trazando dos líneas maestras para el relevamiento de la arqueología siempre nueva y en perpetua transformación de nuestra cultura latinoamericana. Uno y otro afanados en la impulsión y condensación de sus esencias, en la expulsión de sus elementos parásitos, artificiales o espúreos, para el ordenamiento del caos en la dialéctica de la transformación. Tú, Angel, en la correspondencia de literatura, historia y sociedad, con tu equidad y lucidez de juicio, con tu acerada voluntad de trabajo y conocimiento en las siempre difíciles relaciones entre la realidad de la historia y la irrealdad de los signos, entre los niveles «cultos», por lo general soberbios y elitistas, y nuestras masas que no tienen aún acceso al más ínfimo disfrute de cultura. En la atmósfera de un proceso del que fuiste el iniciador y el animador central de estas últimas décadas, continuarás siendo la insomne conciencia, el demarcador de rumbos, el develador de los enigmas y contradicciones de nuestra vida cultural americana en marcha hacia su liberación.

En cuanto a ti, Marta, en amor y camaradería con Angel, por paralelos y semejantes caminos, tu sensibilidad y tu inteligencia, tu talento creativo y el rigor de tu pensamiento crítico contribuyeron, decisivamente, al conocimiento y expansión de nuestras artes plásticas. Supiste de sus formas y esencias y describiste, como pocos, su cambiante y caleidoscópico movimiento de flujo y reflujo. Recogiste esos soles sedimentarios que emergen a través del arte del barro oscuro de América, y supiste mostrarlos, encarnados a través de la escritura, en tus novelas concebidas y vividas como ceremonias de iniciación, como crónicas de liberación; universo de gestación y alumbramiento en el que la mujer escritora ha tomado la delantera, naturalmente, destinalmente.

Presencias como las vuestras no se apagan con la muerte. Se tornan cada vez más vivas e incandescentes, más universalmente liberadoras actuando sobre el foco de energía colectiva donde individuo, historia y sociedad intercambian sus potencias creativas.

Angel y Marta, queridos amigos, hermanos queridos: como otras veces, les escribo estas líneas, seguro de que las leerán en ese íntimo silencio de trasmundo donde la libertad última no es aniquilada. Los siento a los dos muy cerca de mi corazón, en esos estados de la vida después de la muerte, que nada puede destruir. ¿Recuerdan que les hablé de esto premonitoriamente durante nuestro último encuentro? Tú, Marta, me sonreíste con esa sonrisa inescrutable de algunos rostros de mujer del Caravaggio. Tú, Angel, me guiñaste un ojo. Pero entonces no vi aún la hendidura secreta. No impide hoy ella que nuestras voces se comuniquen con el sabor de las felicidades pasadas. Lo demás, se podría repetir, es silencio.

Como otras veces, les escribo esta carta desde el pasado, esperando el futuro en vuestra respuesta. Sólo que ahora, en esta leve astucia contra el tiempo, la espera será, tal vez, un poco más larga. Salvo que yo mismo vaya a buscarla cualquier día de estos. Hasta entonces, un abrazo.

AUGUSTO ROA BASTOS  
*2, rue Van Googh, Ièr et.*  
31300 TOULOUSE (Francia)